

VIAJEROS Y UTOPISTAS EN EL SIGLO XIX

Carlos Illades*

En sus estudios sobre la literatura de viajes, Ette (2001a) sugiere que estos relatos entrañan un doble proceso de traducción, de orden lingüístico y sociocultural (pág. 28). Insertar lo que se mira dentro del vocabulario del observador, poner en relación lo nuevo con lo ya conocido, manufacturar un texto que recree la atmósfera vivida —comprensible para los que no estuvieron allí y tal vez nunca estén—, dar una idea del tiempo empleado en el trayecto y del tiempo histórico que puede separar o no al lugar de llegada del punto de partida, interrelacionar el tiempo con el espacio, transformando a veces el uno en el otro, representan unos pocos de los muchos lados por los que puede penetrarse este género discursivo. Literatura en sentido amplio, pues puede incluir o combinar documentos, mapas, reflexiones autobiográficas, meditaciones filosóficas, disquisiciones teológicas, registros lingüísticos, notas científicas, recuentos históricos, ficción literaria y numerosos aspectos más. Disecciona también las múltiples líneas de la literatura de viajes. Destacaremos tres: la centralidad de la ciudad como conexión entre Europa y Latinoamérica, aunque lo narrado se refiera al campo, incorporando los nuevos hallazgos al *logos* occidental (pág. 65); el contacto del viajero con capas y grupos sociales comúnmente difícil a los observadores corrientes, dada la estructuración jerárquica de las sociedades de los siglos XVIII y XIX (pág. 22); la intención de aquél de trasladar al país de origen los aspectos positivos (a veces incluyendo instituciones) capturados mentalmente o conocidos empíricamente durante el viaje (pág. 52).

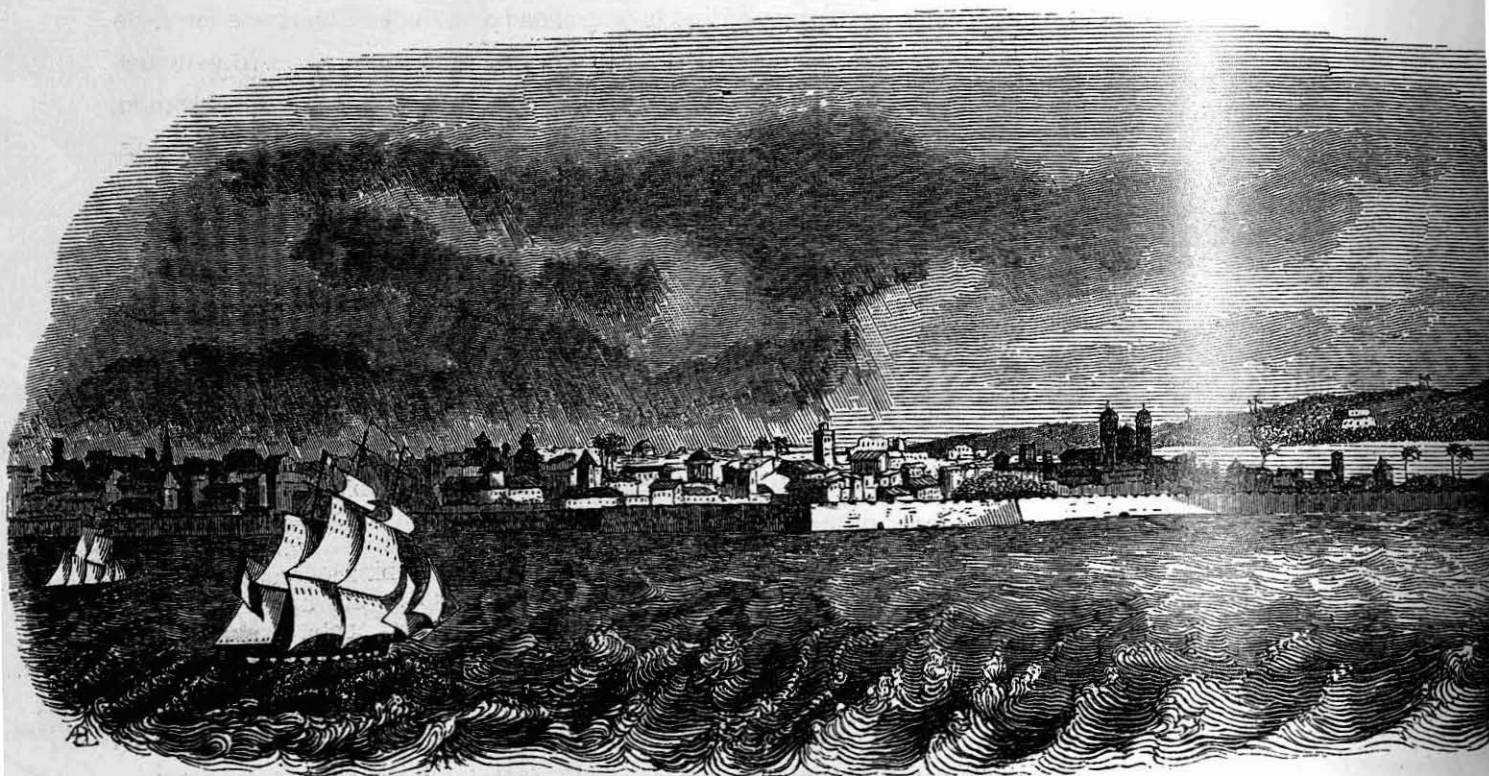
El viaje ocupa un lugar importante dentro del pensamiento romántico por ocuparse de por lo menos dos de sus temas capitales: el reconocimiento del otro y la azorada contemplación de la naturaleza. Este otro americano es el indígena, dotado de identidad e historia, descendiente de civilizaciones milenarias. El otro europeo es explorador y naturalista, empresario o predicador social, asombrado por las potencialidades observadas en todos los campos. Araujo (1998) particulariza:

El indio era mediador para la recreación de una sociedad distinta, lugar ideal para la evasión espiritual del mundo civilizado, escenario adecuado para arrebatos pasionales y comunión de la naturaleza. Igualmente, el negro representaba a otra sociedad como símbolo ideal, por humillante yugo, del anhelo romántico de libertad (págs. 156-157).

* Historiador. Profesor investigador del Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa

El 5 de junio de 1799 zarpó de La Coruña en dirección hacia América Alexander von Humboldt, quien a lo largo de su prolífera carrera científica incursionó en la climatología, la ecología, la geología, la oceanografía, la botánica, la fitografía, la minería, la geografía, la cartografía, la historia, los estudios precolombinos, la etnografía, la estadística y la economía (Bieber: pág. 178). Su práctica científica, la condición de observador directo y de escritor moderno, lo llevaron de una disciplina a otra, de un país a otro, y de un nivel textual a otro, lo sitúan dentro de la interculturalidad y la transdisciplina (Ette 2001b: pág. 45 y ss).

Marcos Claudio Marcelo Antonio Pompeyo Blas Juan Linati de Prevost (1790-1832), carbonario parmesano, revolucionario en Italia y España, enrolado en las tropas napoleónicas, alumno de Louis David, en 1825 estuvo por primera vez en México. Iniciador del arte litográfico, no se incorporó a la Academia de San Carlos no obstante la formación clásica con que contaba, prefiriendo dedicarse (en lo posible para un extranjero) a la crítica social y política en medios más abiertos que la conservadora institución artística. En 1826 fue fundador, junto con el italiano Florencio Galli y el cubano José María Heredia, de la revista literaria *El Iris*, la fiebre amarilla le causó la muerte en Tampico a la edad de cuarenta y dos años (Iturriaga de la Fuente en Linati: pág. 14).



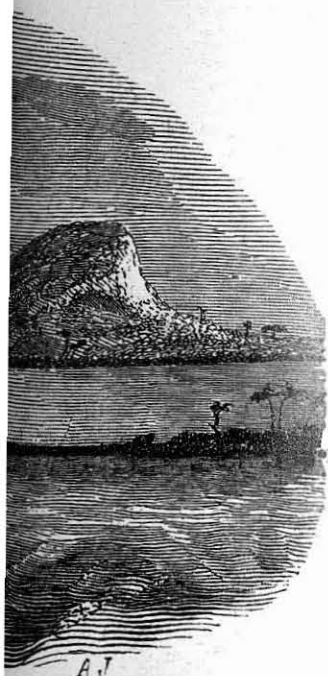
Trajes civiles, militares y religiosos de México (Bruselas, 1828), obra compuesta por cuarenta y nueve litografías, basadas en las acuarelas que pintó dos años antes, retrata (y a veces retoca) la estratificación social, racial y ocupacional del país. Cinco imágenes refieren explícitamente a tipos indígenas. El retrato de Moctezuma II suaviza los rasgos del mexica ajustándolos al patrón occidental: moreno muy claro, casi blanco, de labios rojos y delgados, ojos de tamaño regular, nariz grande y recta, tendiendo hacia aguileña. El penacho que le cubre la cabeza es mucho más discreto, semeja al de soldado napoleónico, que el suntuoso tocado guardado en el Museo de las Culturas Populares de Viena. Anotó en el revés un texto explicativo:

El espectáculo de un país que guarda todavía el recuerdo de sus reyes indígenas, de sus hecatombes humanas, que lanza todavía fulgores sobre la piedra circular de los sacrificios sangrientos, que hormiguea de monjes y de mendigos, que conserva la vieja compostura castellana, esos juegos, esas costumbres, esos trajes que nos transportan a los siglos y a los lugares de los Guzmán y los Rodrigos, pero que al mismo tiempo toma prestado a Francia, a Inglaterra, a los Estados Unidos constituciones, modas, uniformes, etcétera, ofrece extraños contrastes, pero instructivos, que solicitan la ayuda del lápiz para ser aprehendidos en su interés histórico y pintoresco (Linati: pág. 26).

Embriagadas con chinguirito, funesta herencia etílica europea, presenta a dos indias en salvaje pelea. Descalzas, con coloridas faldas y rebozos, de donde cuelgan unos niños cabezones con cara de adultos, dos robustas mujeres se dan con todo. De gesto amenazante, una de ellas blande una piedra. Indiferente ante la violencia, los transeúntes contemplan la escena divertidos, "creen, al azuzarlas, excitar algo semejante a los perros o a los gallos cuyas peleas también los apasionan" (pág. 78).

Otra lámina muestra a la sirvienta indígena de Jalambaya cargando dos jarros (todas las casas acomodadas procuran tener una "indita" para realizar las tareas domésticas, informa el litógrafo italiano al público europeo). De huipil estampado está peinada con una trenza que rodea toda la sien. Morena, mira hacia abajo con aire tímido: "esta timidez les viene de la conciencia de la esclavitud y de la inferioridad política en las cuales han caído" (pág. 100).

Un indio, joven y esbelto, de pelo largo y quebrado, apacible, extrae el aguamiel de un maguey sirviéndose de una rama hueca; lo vierte en una cubeta de madera. A Linati no le gusta el pulque, sin embargo no deja pasar la ocasión para hacer una digresión científica: el nombre de la planta es "*agave americana*"; acaso ese nombre le conviene exclusivamente por su cualidad particular de encerrar en la parte inferior del tronco y en un receptáculo que se halla en el centro de las raíces un licor blancuzco, espirituoso y muy agradable al gusto que suple entre los indios al vino" (pág. 138).



El apache es un indio distinto al del altiplano mesoamericano: a pelo monta un brioso caballo, torso desnudo, cubiertas las piernas con un pantalón de gamuza, el pecho pintado y arracadas en las orejas. Armado con arco, escudo, flechas y lanza, trae un pequeño penacho cónico. Parece feroz y resuelto: "estos terribles indígenas empujados de valle en valle por la superioridad de las armas europeas, han terminado por encontrar en los climas rigurosos donde se han refugiado la energía necesaria para vengarse de los usurpadores de su patria" (pág. 182).

La gráfica de Linati utiliza a la naturaleza como marco en el cual presenta coloridas estampas mexicanas. Complaciente hacia lo extraño, sin por ello omitir juicios personales, su mirada europea (convenientemente reforzada por las explicaciones escritas) fija el parámetro histórico y el horizonte de ideales de los tipos retratados. México, de rico pasado, proyecta hacia el porvenir un instinto libertario, adelantado por la resistencia indígena hacia la conquista, específico en sus formas pero acorde con el movimiento universal. El esfuerzo del artista está dirigido a hacer comprensible en Occidente este sentido que posee de suyo la patria mexicana.

Johann Moritz Rugendas (1802-1858), pintor bávaro, visitó México en los años 1831-1834. De formación clásica, en el taller paterno de Augsburgo y en la Academia de Munich, colabora con el naturalista Georg Heinrich von Langsdorff en una expedición científica en Brasil (1822-1825); *Voyage pittoresque dans le Brésil* (París, 1827) es resultado del viaje. Humboldt, que reconoce las dotes artísticas del joven pintor, se convierte en su tutor intelectual tras su regreso del país amazónico. Marcha a Italia a finales de la década; enriquece la técnica, entra en contacto con ambientes populares para él desconocidos y amplía su perspectiva estética asimilando elementos románticos. Su estadía mexicana constituye tan sólo una escala dentro de un viaje continental que se prolonga en el espacio, el tiempo y la obra: llega hasta el Cabo de Hornos, dura 16 años, produce cerca de 6 mil piezas. En Sudamérica conoce a Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento (Diener: pág. 27 y ss).

A veces acompañado por el barón de Courcy, pintor francés, o por el naturalista alemán Eduard Harkort, Rugendas recorrió México del este hacia el centro, de allí en dirección al Pacífico, involuntariamente visitó la cárcel; clavó la atención en el paisaje, las costumbres, la variedad topológica, racial, botánica y zoológica regionales, y los monumentos precolombinos. Una revisión del catálogo que publicó el Instituto Iberoamericano de Berlín sobre la estadía mexicana del pintor bávaro (*Johann Moritz Rugendas in Mexiko*, 1992), permite pensarlo como precursor del paisajismo mexicano, aunque sin esa atmósfera de apacible tranquilidad de los pinceles finiseculares. La naturaleza captada por Rugendas es tosca y difícil, majestuosa y fuerte; las figuras humanas no parecen dominarla, luchan por remontar la sinuosa geografía y, cuando paran y descansan, dan la impresión de invocar una condescendiente tregua.

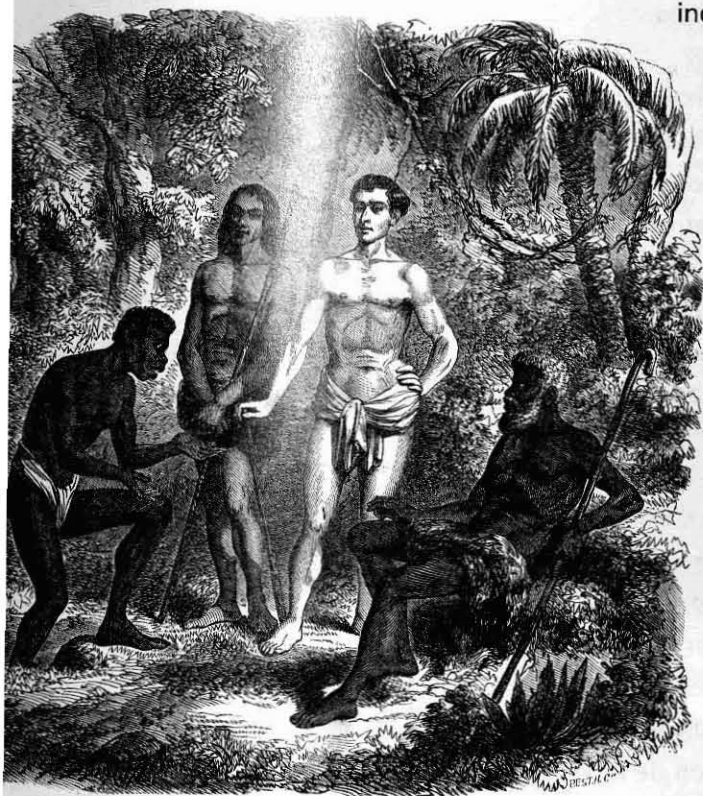


El cuaderno consigna imponentes serranías como las de Atotonilco, la Cascada de Regla, el mar veracruzano con el castillo de San Juan de Ulúa al frente, el Pico de Orizaba en el fondo de un paisaje arbolado, palmeras exóticas en medio de terrenos desolados, barrancas profundas como la de Tuzampa, la ciudad de Puebla con los volcanes detrás, el Popocatepetl nevado visto desde sus faldas, árboles de formas caprichosas en el pueblo de San Juan Teotihuacán, el Lago de Texcoco sobrevolado por un ave solitaria, el Nevado de Toluca erguido sobre el valle, la prolija vegetación de Cuernavaca, formaciones rocosas en Atotonilco el Grande, el Lago de Zirahuén con una verde vegetación delante, el inquieto volcán de Colima, la Costa Chica guerrerense navegada por un barco de vela. El mar está tranquilo y el cielo nublado (pág. 139).

Como buen viajero retrata frecuentemente hombres a caballo, en tránsito por caminos escabrosos y solitarios. Al detenerse en pueblos y ciudades, o en los alrededores a manera de antesala, boceta las actividades cotidianas de cargar el agua, pescar, charlar y jugar. Las procesiones religiosas de la ciudad de México captan su atención. El trasiego de la plaza pública y en el atrio de las iglesias exhibe los contrastes sociales: tal vez es domingo, el párroco sale de la catedral y hombres y mujeres vestidos de negro, éstas portan mantilla y abanico, ellos capas y sombreros altos. Junto va un militar al lado de una señora con ropa blanca, los acompaña una joven de enaguas coloradas y rebozo gris (¿la "indita" a su servicio?) Distraídos ¿o indiferentes?, no miran a un indio que allega el sombrero

pidiendo limosna, la esposa hace lo mismo extendiendo las manos, el hijo semidesnudo mira el piso, los tres están recargados al pie de la gran cruz situada en el atrio (pág. 109).

El pasado prehispánico también captó la atención del artista bávaro. La lámina de la Pirámide del Sol, en Teotihuacán, es magnífica: la enfoca de lejos, un poco atrás de la Pirámide de la Luna, permitiendo ver los montículos inexcavados de los demás edificios y el largo trazo de la Calzada de los Muertos. Un paisaje árido se prolonga hasta las montañas que aparecen al fondo (pág. 112). El Teocalli de Centla (Veracruz), otro monumento precolombino que dibujó, está rodeado y parcialmente cubierto por espesa vegetación. Dos hombres lo miran atentamente, y uno de ellos extiende el brazo en gesto descriptivo. Metros delante, dos personas toman medidas a un inmenso monolito de cara redonda (pág. 92).

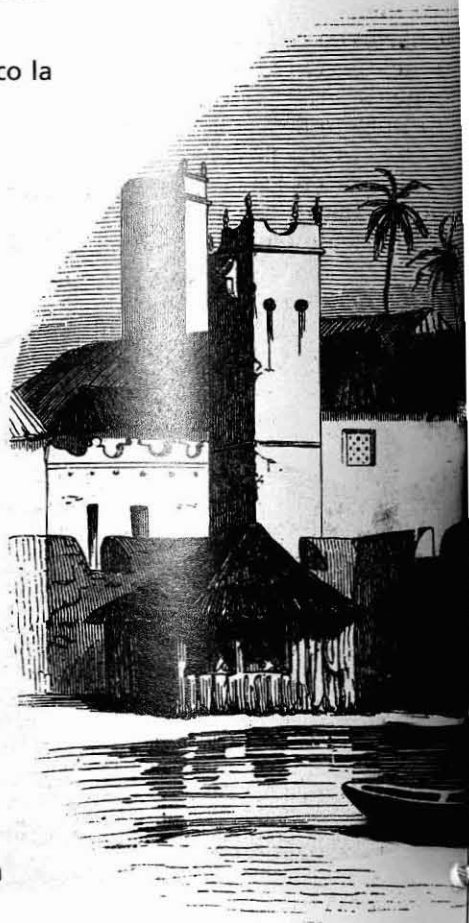


Hubo viajeros que hicieron del lugar de arribo su nueva morada: los inmigrantes que no completan el movimiento circular del viaje o que, después de regresar a su patria, reemprenden el camino de regreso a la tierra que los adoptó, como Carl Christian Sartorius (1796-1872). Amigo de Rugendas, a quien acoge en su hacienda veracruzana, ilustrador de la versión inglesa de *México hacia 1850* (*Mexico, Landscapes and Popular Sketches*, 1858), Sartorius nació en Hessen-Darmstadt. Estudió derecho y filología en Giessen antes de llegar a México en 1824, empleado por una compañía minera alemana. Vislumbra la posibilidad de montar una colonia agrícola, por lo que se da a la búsqueda de terrenos propicios tomando notas sueltas sobre territorio, plantas y animales de los lugares recorridos. Cinco años después adquiere en sociedad con un comerciante suizo de nombre Karl Lavater, crédito de por medio, una hacienda en el cantón de Huatusco, estado de Veracruz, a la que bautiza como El Mirador. Promotor oficial en Europa del proyecto colonizador del gobierno mexicano, expone a sus connacionales las ventajas de emigrar a territorio azteca, es decir, traduce lo mexicano a lo alemán con el propósito de germanizar a México (cosa que le parecía perfectamente factible, dado que percibía un débil nacionalismo y un dócil carácter de la población nativa), trajo a un puñado de compatriotas para ocupar y trabajar la tierra. Muere en México sin haber alcanzado cabalmente su propósito (von Mentz en Sartorius: pág. 30 y ss).

La mirada mexicana de Sartorius no es la del científico, ni tampoco la del artista, es la del *homo faber*. Advierte desde el principio:

el indulgente lector no debe esperar que se trate de un libro de viajes, en el que se detallen concienzudamente todos los acontecimientos, día con día, con el habitual añadido de la lista de los platos o comidas; ni relaciones geográficas, etnográficas o artísticas; ni siquiera una enumeración sistemática de la historia natural de México; sino únicamente estampas del país, a veces un simple esbozo tomado a distancia, otras veces un cuadro más completo, trazado en la vecindad inmediata, adornado con follaje y lianas rastreras (pág. 47).

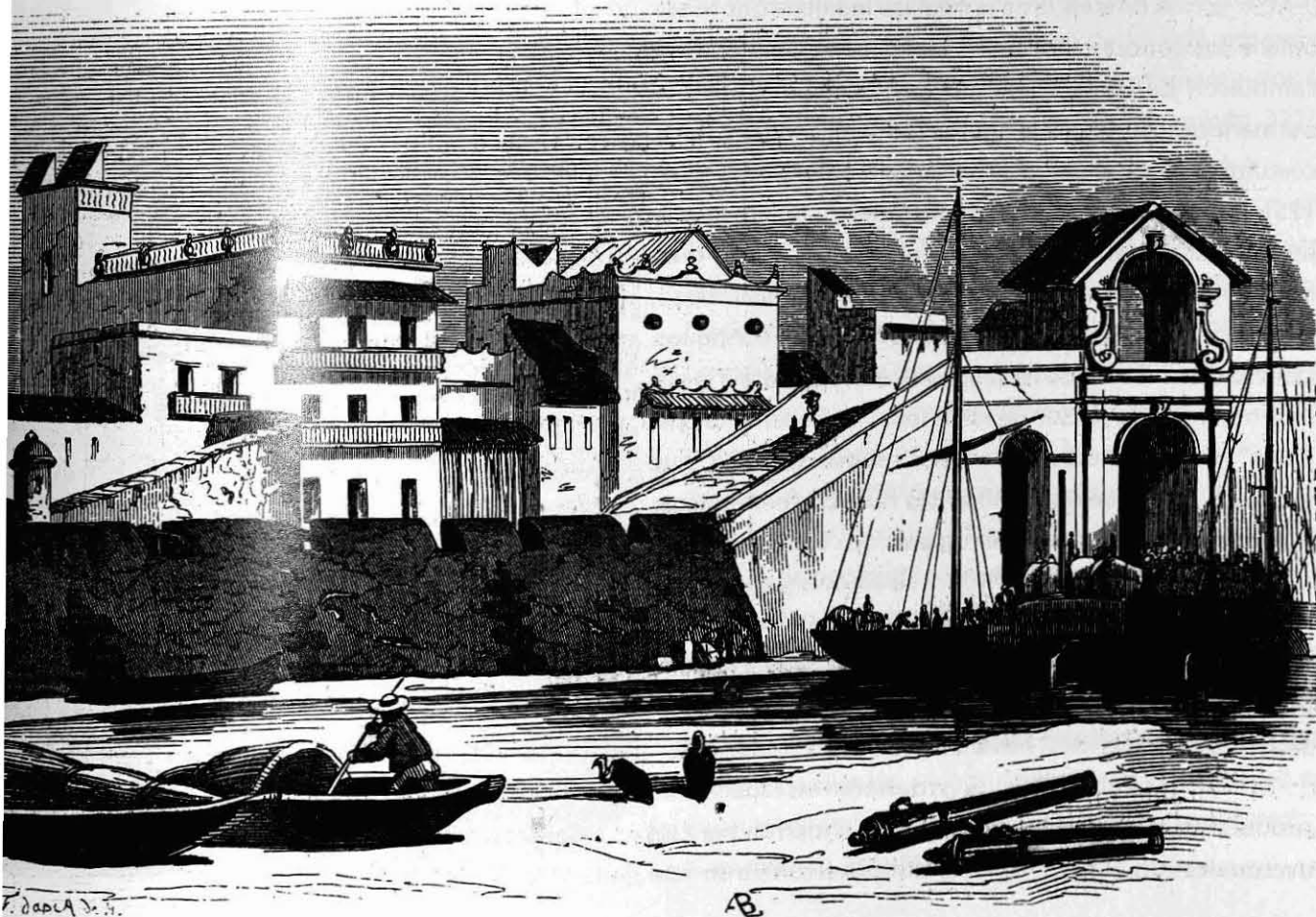
Contra lo dicho, el libro tiene cierto orden y lógica interna: parte de la descripción geográfica, después incursiona en materia de población y costumbres, y al último habla de la economía (agricultura, ganadería, minería). Lo deslumbra la geografía mexicana. En la descripción de la naturaleza y los caminos veracruzanos, no desaprovecha oportunidad para enumerar los recursos naturales y destacar las potencialidades del ecosistema. Un comentario al paso relata la historia de la fundación de la Villa Rica de la



Vera Cruz y su traslado a Antigua; otro más subraya la economía de esfuerzos del habitante del trópico:

El jarocho, como suele llamarse al nativo de la costa, se sentiría humillado si tuviera que cargar en su espalda un pesado cántaro de agua, aun cuando el río se encuentra a unos cuantos pasos de su cabaña; lo que él hace es unir con una cuerda dos grandes cántaros; los cuelga sobre el lomo del pollino, se monta en éste y se dirige a la corriente. Al llegar al río, se mete al agua con el animal, para que los cántaros se llenen por sí mismos; así no se molesta en desmontar (pág. 57).

La luz que permite pasar el cerrado follaje de las palmas provoca un efecto que le hace admirar la grandeza divina. Después registra el cambio de la vegetación: ha pasado del trópico a las praderas y circula en dirección de los bosques "eternamente verdes". Repara en la técnica agrícola, que le hace evocar las del valle de Mesopotamia y el antiguo Egipto, para después hablar de los tepalcates y pequeños restos arqueológicos encontrados en el camino, testimonio de culturas desapa-



recidas. Ofrece una explicación equivocada: "eran tribus toltecas destruidas en sus guerras con los aztecas" (pág. 64). A su vez, éstos fueron sometidos por "la inteligencia superior de los europeos" reduciéndolos a la esclavitud (pág. 122).

Al llegar a la zoología remite a la bibliografía existente, haciendo pequeños comentarios a lo que no juzga acertado; pasa entonces a hablar de la población. Le llaman la atención los mercados urbanos por sintetizar la diversidad social. De los habitantes extranjeros constata que sólo los españoles comercian al menudeo. Cuando aborda las razas hace una observación aguda:

La ley no conoce distingos de ninguna clase; la constitución considera jurídicamente a todos los ciudadanos del país [...]. Empero, las costumbres profundamente arraigadas entre la gente y que son perpetuadas por el lenguaje, no pueden ser eliminadas fácilmente por ninguna ley: por consiguiente, aquí encontramos una aristocracia de color, del mismo modo que en las repúblicas o monarquías de Europa existe una aristocracia de nacimiento (pág. 118).

A diferencia de la nobleza indígena que se asimiló a los conquistadores, las clases bajas simplemente cambiaron de amos. Los indígenas menos afortunados permanecieron apegados a tradiciones milenarias y viejas costumbres, en calidad de "hijos de la naturaleza" (pág. 125), honrados y ocupados en el trabajo y la familia. No escapa a su registro la desigualdad económica, muy marcada tomando en cuenta su punto de referencia europeo: riqueza y pobreza extremas ocupando espacios contiguos. Dentro de su detallado retrato costumbrista, salta a la vista la miserable condición de los indolentes "léperos" o "pelados", de raza mestiza, proletarios según Sartorius, que los pinta con palabras como antes hizo Linati en imágenes. Injustificable de suyo en un país de cuantiosos recursos naturales y extenso territorio. La escuela y una policía eficiente ayudarían a remediar este grave mal social. Sentencia: "no hay fiesta popular, ni reunión de muchedumbre en un templo, ni matrimonio en los suburbios sin que alguno de los 'pelados' hiera o mate a otro" (pág. 257).

Los últimos capítulos destacan las capacidades productivas del país y el potencial que encierran para los eventuales inmigrantes: en la agricultura el cultivo de cen-

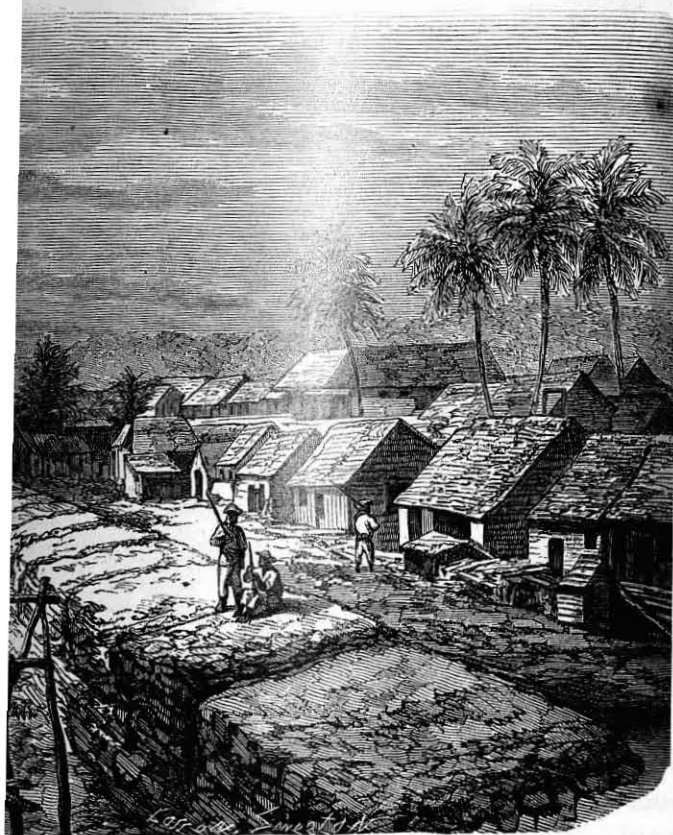


teno, papa, chile, chícharo, lenteja, pistache, nabo, trigo, añil, tabaco, maíz, algodón, plátano, mandioca, café, vainilla, caña de azúcar, cacao, uva. En relación con este fruto, considera que México está en condición de crear una pujante industria vitivinícola comparable con la del sur europeo. La grana cochinilla es otro giro atractivo. La ganadería permanece subexplotada. Conoce el metal y lo deslumbra; repasa brevemente la historia de la orfebrería prehispánica y de la minería y metalurgia coloniales. Hay que dirigir el esfuerzo hacia la explotación de los ricos yacimientos de metales preciosos, zinc, hierro, cobre, plomo, estaño y mercurio. Realiza cálculos, contabiliza posibles ganancias. Categórico, concluye:

Ninguna rama de la actividad humana ha sido tan bien calculada como la minería para congrega a las distintas clases de la sociedad. El comercio, la agricultura, la ganadería aparecen como medios de abastecimiento con el objeto de surtir a los hombres que trabajan en las entrañas de la tierra. Los mineros, sin embargo, representan la rama nerviosa, la que, a guisa de poderoso imán, atrae y anima. A la postre llegan las artes y las ciencias llevando la civilización a las masas e implantando el orden en el caos. Brotando de la

noche a la mañana como un hongo gigantesco, una población minera ofrece una imagen de la vida orgánica del linaje humano, desarrollándose lentamente por sí misma, pero de acuerdo con las mismas leyes (pág. 327).

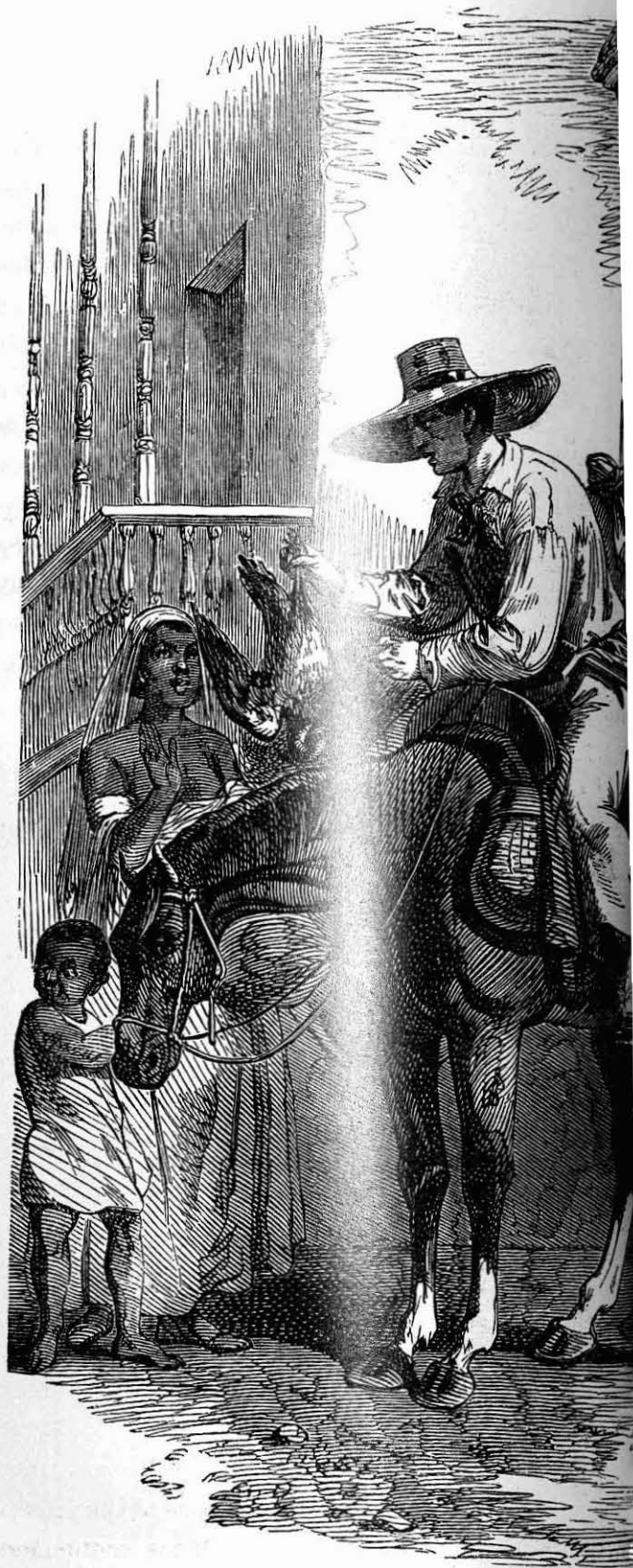
Víctor Considérant pasó por México en 1861 con rumbo a Texas donde había fundado siete años atrás una colonia agrícola de nombre La Reunión. Discípulo de Fourier, hombre sensible a la problemática social, este pasajero en tránsito escribió cuatro cartas al mariscal Francois Achilles Bazaine denunciando la precaria situación vivida por los peones de las haciendas. A su juicio los liberales mexicanos no mejoraron la posición de los trabajadores agrícolas y perpetuaron el sistema de peonaje colonial. Tal vez los invasores franceses serían capaces de abolirlo y ello constituiría condición *sine qua non* para que Maximiliano pudiera perpetuarse en el poder (García Cantú: pág. 155). De todos modos, y esto es importante resaltarlo, Considérant condena la invasión, al lado de ella, la de William Walker en Nicaragua brilla por su honestidad y respeto al derecho (Considérant: pág. 65).



Redactadas en 1865 y publicadas en Bruselas tres años después, *Mexique. Quatre lettres au maréchal Bazaine* es un fuerte alegato histórico y moral en contra de la herencia hispánica aún viva en las instituciones mexicanas, lacerantemente presente en el campo bajo la forma del peonaje, y reforzada por la sumisión inculcada por la iglesia católica. Divaga haciendo su propia caracterización del mexicano, por cierto mucho antes que apareciera la "filosofía de lo mexicano". Sutilmente distingue entre atraso e incultura: el nativo de esta tierra es ignorante y refinado a la vez; no es emprendedor como el anglosajón, pero se activa fácilmente gracias a su sociabilidad; posee una inteligencia ágil e ingeniosa, distinta de la que profundiza y crea; tiene gran aprecio por la justicia y, en caso de conflicto, le resulta fácil ponerse de acuerdo; es fiel y sumamente honrado cuando se le confía algo. Desafortunadamente, la pobreza y su carácter lo predisponen hacia peonaje que, como mal congénito, se transmite de generación en generación. La tienda de raya y el alcohol aportan el resto (pág. 27 y ss).

Cuando vuelve sobre el asunto del peonaje, Considérant formula una acusación fuerte: la institución, en sí misma inhumana, echada sobre las espaldas del indio, ha pasado inadvertida a los intelectuales mexicanos, incluidos los liberales (hipotéticos transformadores de la sociedad), a los viajeros extranjeros (hipotéticos observadores del otro) y a la ley (hipotética expresión de la voluntad general). Todos han cerrado los ojos, de tal manera que en Europa ni siquiera se tiene noticia de su existencia (pág. 56). Ahora las largas cartas y la solicitud de paciencia al mariscal Bazaine se apuntalan en esta doble denuncia: será necesaria una nueva óptica de carácter crítico, la socialista, para darle dimensión adecuada al problema.

¿En qué consiste éste? —pregunta, y a continuación responde—, en el trabajo sobreexplotado que un proletario (peón en lenguaje mexicano) urgido de dinero entrega al patrón que le ha adelantado unos cuan-





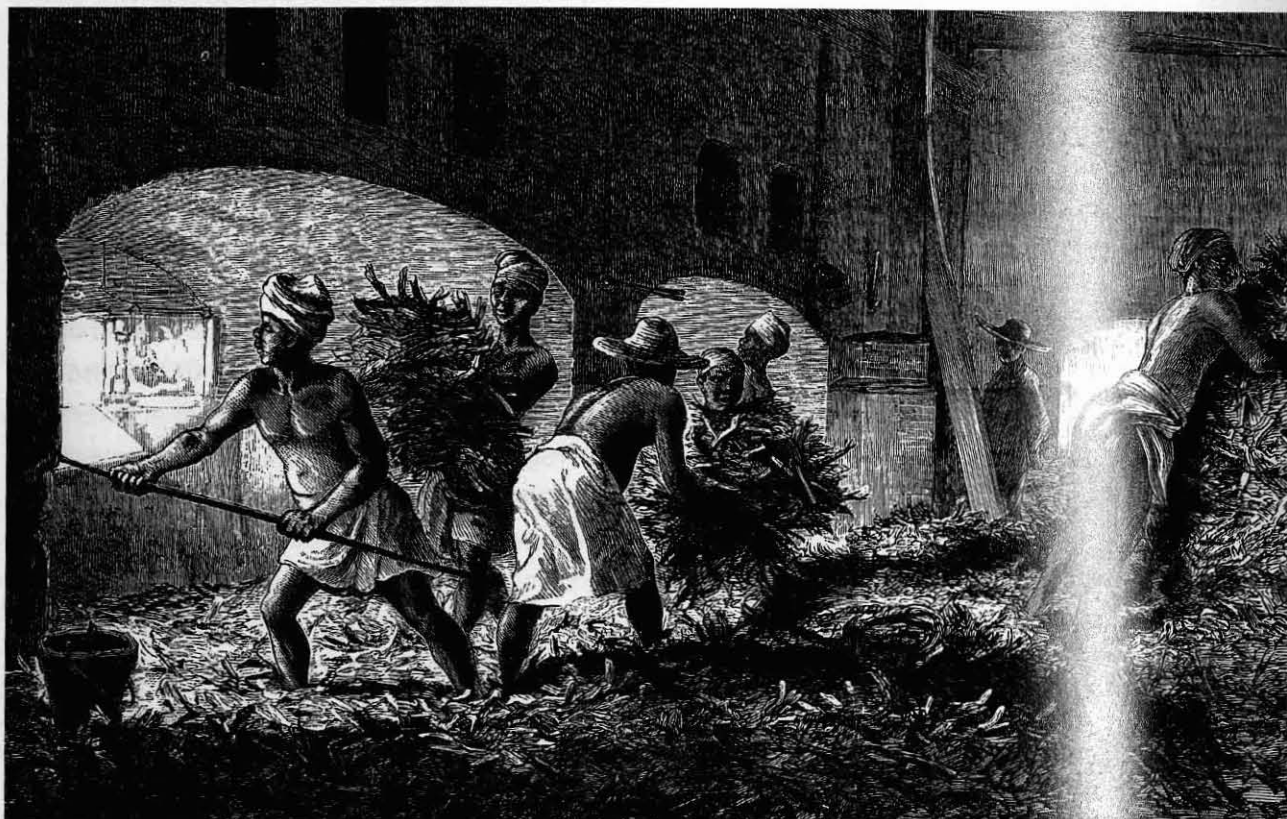
tos pesos (pág. 11). Lamentablemente, cuando cubre el adeudo ya se han sumado otros. El círculo no se rompe y el trabajador queda en manos del propietario. Ahora no sólo es pobre, también ha perdido la libertad. Es la esclavitud o la servidumbre llamada de otra manera. Mientras no quede suprimido el peonaje, México estará condenado a muchos males: agricultura enfermiza y miserable, industria sumamente atrasada, aparato judicial venal, estado interior vicioso y viciado, florecimiento del delito, robos y asesinatos, prostitución ilimitada, clero podrido, militares levantiscos y ejército inoperante o virtualmente inexistente, funcionarios corruptos y políticos intrigantes, pocos ricos y un sinnúmero de pobres y léperos (págs. 50-51).

Juan Nepomuceno Adorno (ciudad de México, 1807-1880) hizo el trayecto inverso: viajó a Europa para regresar a México y esbozar el plan de una sociedad ideal. Fue empleado de la Renta del Tabaco, estuvo varios años en Europa con la intención de perfeccionar sus inventos mecánicos para fabricar cigarros y, en la Exposición Universal de París (1855), presentó un aparato para escribir música; después aplicaría su imaginación a la metalurgia. Adorno se planteó una empresa mayor de regenerar la especie humana, o cuando menos a los mexicanos, sentando los principios generales de la armonía y el progreso y, de manera puntual, las bases formativas de las cajas de ahorro y las sociedades obreras (González Casanova: pág. 122).

Pertenece a otro género del viajero-inmigrante Plotino Constantino Rhodakanaty. Dirigió su esfuerzo no en dirección de hacer atractivo el país a los europeos, sino en hacerlo habitable y justo a los mexicanos, poniéndolo en sintonía con las corrientes mundiales que concebían un cambio profundo en las reglas de la convivencia social. Un internacionalismo adaptado a las particularidades nacionales y no un nacionalismo que se regocijara en la admiración por lo propio orientó su actividad. Partidario de la filosofía de la naturaleza, no la aborda desde una perspectiva contemplativa, o como el entorno de la vida humana, más bien la inscribe dentro de un orden general donde el universo, el mundo y el hombre integran una unidad a final de cuentas de raíz divina. El pensador griego vivió en México durante 25 años, canalizó saber y acción hacia la reforma social que consideraba inaplazable. Mujeres, indígenas y trabajadores deberían ser incluidos en un proyecto que restituyera a la humanidad su igualdad originaria en cuanto a su condición material, respetara las diferencias naturales de los individuos y encaminara a la especie en la senda del progreso.

Después de la muerte de su padre a manos del invasor turco, la madre de Rhodakanaty lo llevó a Austria, de donde era su familia, para que viviera con sus abuelos. Inició sus estudios de medicina en la Universidad de Viena, continuándolos en Berlín, ciudad adonde se trasladó su familia en 1848.

Poco antes del viaje, el joven partió a Budapest y vio personalmente la agitación social y política que se vivía en territorio húngaro. En 1850 visitó París para conocer personalmente a Pierre-Joseph Proudhon. Plotino Constantino vivió en Berlín hasta 1857, para después mudarse definitivamente a la Ciudad Luz, y profundizar sus estudios de filosofía y aprender otros idiomas, entre ellos el castellano.



Según su propia memoria fue en París donde comenzó a militar en las filas socialistas pues, a comienzos de 1878, declaró que tenía veinte años de trabajar en "plantear y desarrollar las doctrinas y principios del socialismo" (Rhodakanaty: pág. 34). En 1860, se dice, publicó un folleto titulado *De la Naturaleza* y supo del decreto del 1 de febrero de 1856, promulgado por el presidente Ignacio Comonfort, el cual favorecía el establecimiento de colonias agrarias en territorio mexicano. Esta oportunidad era digna de tomarse en cuenta. Con ella en mente, a finales de 1860 se trasladó a Barcelona, embarcándose posteriormente hacia México. Arribó a Veracruz en los últimos días de febrero de 1861 y, a los pocos días, a la capital.

En 1863 Rhodakanaty fundó una escuela libre que difundía entre las clases trabajadoras, por medio de lecturas públicas, "los principios más puros y luminosos de la moral universal" (pág. 22). Posiblemente fue allí en donde se le sumaron varios jóvenes interesados en la filosofía y preocupados por las cuestiones sociales,

entre los que se contaban Francisco Zalacosta, Hermenegildo Villavicencio y Santiago Villanueva. Tiempo después, dejó la capital para instalarse en Chalco con la finalidad de fundar una colonia agrícola y una "escuela libre" donde difundió sus ideas filosóficas y sociales.

Plotino Constantino delineó una reforma social aplicable a todas las sociedades y, como consecuencia de su experiencia mexicana, hizo planteamientos específicos para los mundos rural y urbano. Después del fracaso de su experiencia campestre tras la ejecución de Julio López a manos de la fuerza pública, regresó a la ciudad de México e incorporó a la vida urbana dentro de su análisis de la sociedad y los males que padecía. Producto de ello fue el proyecto de crear un falansterio donde se resguardara a la población más desafortunada. Pero no sólo eso, buscó servirse de los círculos de fieles que las iglesias disidentes tenían en la capital para crear las células de una sociedad ideal. Los trabajadores agrupados dentro del Congreso Obrero también serían materia prima de ésta. Campo y ciudad no son antitéticos en su utopía sino espacios complementarios que requerían medidas diferenciadas: el uno, "ley agraria"; la otra, asistencia pública.

El estadounidense Albert K. Owen vivió la infancia en la colonia New Harmony instalada por el galés Robert Owen en el estado de Indiana. En su juventud visitó México y recorrió parte del territorio veracruzano explorando la posibilidad de instalar una colonia agrícola. Cuatro años después, en 1872, regresó a nuestro país internándose por Chihuahua en busca de un lugar dotado de un clima más benigno que el jarocho: acabó por descubrir la bahía de Topolobampo en el estado de Sinaloa. El viaje del norte hacia el Pacífico alumbró la idea de construir una vía férrea que descendiera desde Nueva York hasta llegar a la bahía, también fundaría la Ciudad de la Paz o Metrópoli Socialista de Occidente, Ciudad González, según el decreto presidencial. Regresó ese mismo año a los Estados Unidos a dar forma a su proyecto, cosa que le consumiría ocho años. En 1880 vino de nueva cuenta a México para asegurar la concesión ferrocarrilera y de aquí marchar hacia Londres en busca de apoyo financiero. Varios meses pasó en la capital británica y, por fin, el 13 de junio el gobierno mexicano le otorgó los derechos para construir el ferrocarril y fundar la ciudad. Año y medio después, el 5 de diciembre de 1882, fue ratificado el decreto por el presidente Manuel González.

Owen partió a Nueva York para reclutar a los primeros colonos y obtener recursos mediante la expedición de bonos a través de la sociedad denominada Credit Foncier of Sinaloa. Después de tres meses de travesía, trescientos inmigrantes arribaron a Topolobampo en julio de 1889 en un barco fletado por la sociedad financiera. Treinta más lo acompañaron en abril siguiente observando con sorpresa que sus antecesores vivían incómodamente en austeras casas de madera. Dominado por el entusiasmo, el estadounidense había soslayado algunos detalles sanitarios importantes:



Hizo creer, a través de sus descripciones y sus anhelos, que el colono, sin más esfuerzo que su trabajo, vería surgir espléndidamente la Ciudad de la Paz. No advirtió a los colonos que el "lugar encantado" era un desierto, falto de techo para familias, sin agua potable, con la tierra sin primicias de cultivo. Uno de los temas de los que más abusó en la propaganda fue el maravilloso clima de Topolobampo, olvidando que la comarca estaba comprendida dentro de una zona palúdica (pág. Valadés: 53).

Pronto aparecieron problemas: los inmigrantes recelaron de las bondades del proyecto y los socios del Credit Foncier vieron que la ciudad obedecía más a "régimen capitalista" que a "una colonia socialista" (pág. 59). Otros, por el contrario, afirmaban que Owen había violado el acuerdo de permitir la cohabitación armónica de personas de distintos credos políticos. En Topolobampo también cundió el conflicto: primero se rebelaron los colonos; después algunos se fueron motivados por la enfermedad y el hambre. En noviembre de 1893 Owen decidió entregar la dirección de la colonia a manos más diestras. Cuatro años bastaron para echar por tierra un proyecto en que ocupó dos décadas y con ello el último proyecto utópico del siglo XIX mexicano. Más adelante la revolución convocaría de nueva cuenta al viajero extranjero, ataviado ahora con la ropa del militante o del periodista, provisto todavía de la mirada romántica del hombre decimonónico. ✠

BIBLIOGRAFÍA

- Araujo, Nara, *Visión romántica del otro. Estudio comparativo de Atala y Cumandá, Bug-Jargal y Sab.*, México, Universidad Autónoma Metropolitana (col. Texto y Contexto 28), 1998.
- Bieber, León E., "Alejandro de Humboldt y el quehacer científico", en *Signos históricos*, 5, 2001, págs. 77-193.
- Considérant, Victor, *Mexique. Quatre lettres au Maréchal Bazaine*, Bruselas, C. Muquardt Éditeur, 1868.
- Diener, Pablo, "Rugendas y sus compañeros de viaje", en *Artes de México*, 31, 1996, págs. 26-39.
- Ette, Ottmar, *Literatura de viaje de Humboldt a Baudrillard*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001a.
- Ette, Ottmar, "Un espíritu de inquietud moral", en *Humboldtian writing*, Alexander von Humboldt y la escritura en la modernidad", en Zea y Taboada, comps., 2001b, págs. 26-50.
- García Cantú, Gastón, *El socialismo en México (siglo XIX)*, 2ª ed., México, Ediciones Era (col. El Hombre y su Tiempo), 1974.
- González Casanova, Pablo (1987), *Un utopista mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública (col. Lecturas Mexicanas 2ª serie 95).
- Johann Moritz Rugendas in Mexiko. *Ein Maler aus dem Umkreis von Alexander von Humboldt*, Berlin, Ibero-Amerikanisches Institut zu Berlin, 1992.
- Linati, Claudio, *Acuarelas y litografías*, prólogo de José N. Iturriaga de la Fuente, México, Inversora Bursátil, 1993.
- Rhodakanaty, Plotino C., *Obras*, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte, México, Universidad Nacional Autónoma de México, (col. Al Siglo XIX. Ida y Regreso), 1998.
- Sartorius, Carl Christian, *México hacia 1850*, estudio preliminar, revisión y notas de Brígida von Mentz, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Cien de México), 1990.
- Valadés, José C., *Topolobampo, la metrópoli socialista de Occidente (Apuntes para la historia de la Ciudad de la Paz)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939.

